

## EDITORIAL

Casi siempre hablamos de las cosas por convención; tan sólo algunas veces logramos instalarnos en esa dimensión esencial en donde el lenguaje se convierte efectivamente en “la casa del ser”. Si algo ha diferenciado tradicionalmente al filósofo del poeta es, tal vez, su instintiva desconfianza de la palabra, aunque sepa que sin la palabra nada es posible. Cuando hablamos de estética hablamos de muchas cosas diferentes. Si el lector consigna el término en un buscador de internet esperando vínculos con el mundo del arte y la belleza, se sentirá sorprendido al encontrar, antes que nada, anuncios de cremas hidratantes y milagrosas propuestas de recomposiciones corporales: no es que el término se haya degradado, sino, tal vez, que se ha reencontrado con el cuerpo después de tantos siglos exiliado en el reino de las realidades ideales. Hablamos de estética para entendernos y pocas veces nos entendemos cuando hablamos de estética. Hay quien considera que es un territorio amplio y multiforme, poco proclive a la formalización que implican las definiciones. Otros piensan que es un reino aparte que sólo alcanzan los espíritus que tienen algo de divino. Hay, por fin, quien piensa que la estética no es nada, apenas un lugar de confusión o un imperdonable malentendido. Todos ellos son bien acogidos en ese espacio virtual para la discusión filosófica que es FEDRO, aunque este número, por no sabemos bien qué caprichosas determinaciones del azar, ha resultado casi un monográfico de aquellos que subsumen esta disciplina, en caso de reconocer la existencia de la misma, a otras instancias de carácter más primordial.

En efecto, el texto de Heidegger, *El origen de la obra de arte*, uno de los más densos y sugestivos del filósofo alemán, y que tan exhaustiva como apasionadamente se ha encargado de descifrar César Moreno, tan sólo problemáticamente puede ser asimilado al ámbito de la reflexión estética. Igualmente ocurre con las posiciones que Santayana mantendrá en torno a esta disciplina precisamente a partir del artículo, “What is Aesthetics?”, que FEDRO pone por vez primera, en su traducción castellana, a disposición de los lectores españoles. Tampoco pueden considerarse estrictamente estéticas las reflexiones de Tomás de Aquino que Fernando Sellés analiza en su colaboración para este número de FEDRO “La distinción jerárquica y de los niveles cognoscitivos correspondientes”, ni las posiciones que el profesor Gustavo Bueno, desde su materialismo filosófico, mantiene en la entrevista que ha tenido la amabilidad de concedernos. También

resulta ambiguo a este respecto el artículo de Ignacio Castro Rey “Arrancar la sensación de la opinión”, en relación al cual nos permitimos sugerir al lector una confrontación con el que Manuel Barrios Casares publicaba en el número anterior con el título “Quemar la imagen”.

Este número de FEDRO supone el final de una primera etapa, que quisiéramos creer de consolidación. A partir del próximo queremos abordar nuevas perspectivas, nuevos retos, queremos abrirnos a nuevos colaboradores y añadir nuevas secciones, sin que ello, no obstante, signifique perder lo que hasta el momento hemos conseguido. Queremos en definitiva diversificarnos para alcanzar una mayor homogeneidad. Los lectores, como siempre, están invitados a participar en este proyecto, no solamente visitando nuestro espacio, sino proponiendo ideas, sugiriendo iniciativas, enviando colaboraciones y reseñas. Si conseguimos seguir aglutinando en torno a FEDRO a un número considerable de personas interesadas en la estética y la teoría de las artes ya habremos logrado una parte, tal vez la más importante, de nuestros propósitos.